

ONES
TAS
NON
NCILLA
OSTO
PECTIVO
DINERO
OS
JOS
NON
ORES



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 20 - N 192

FEBRERO, 1957

Insistimos en un tema y hasta en un título de nuestros comentarios del pasado mes de Enero. En la revolución de Hungría se ventila algo tan definitivo y trascendente para los destinos del mundo contemporáneo, que bien merece una meditación reposada y seria.

Tributamos con ello un homenaje al pueblo mártir, que ha sabido sacrificarse no solamente por la libertad de su patria, sino por la causa de la humanidad entera. Sacrificio desesperado y glorioso de un pueblo de heroicos destinos, una de cuyas víctimas clamaba al caer bajo la metralla rusa. "No importa si morimos muchos quizás el mundo se dé por enterado"

El mundo debe enterarse. El mejor homenaje que podemos hacer a los héroes húngaros es escuchar su mensaje.

¿Por qué se reveló Hungría?

Es inútil que Tito, refinado comunista —¡muchos parecen olvidarlo!— en declaraciones de la más sutil habilidad propagandística, trate de desorientar al mundo occidental achacando el fracaso de la revolución húngara a la intromisión interesada de los monárquicos de Horthy en la revuelta. (Elite, Caracas, 5 de Enero, 1957).

Es inútil que el actual verdugo de Hungría, Yanos Kadar, hable de que "estos hombres combatieron por los capitalistas", de que "los soldados del Ejército ruso nos han ayudado a aplastar la contrarrevolución de los reaccionarios"

Es fundamental mérito de la revolución húngara el haber desenmascarado al mundo la mentira de esa pirotecnia verbal de la propaganda soviética.

El pueblo húngaro se alzó, desordenada e inesperadamente, como un solo hombre, porque su martirio rebasaba el colmo de todas las medidas de la crueldad y el sadismo. Desesperadamente el pueblo húngaro ha dado un grito estridente, que el monstruo del Estado materialista ha vuelto a sofocar. Pero el grito del pueblo mártir ha resonado saludablemente en el mundo. Grito desgarrador de socorro, que lamentablemente no halló eco eficaz en las Naciones Unidas, pero que ha tenido la virtud, de abrir los ojos a millones de espíritus ligeros, incautos y distraídos, que sospechaban vagamente que, tras la cortina de hierro, algo sucedía inconfesable y tenebroso, pero nunca hubieran podido sondear la profundidad del horror, sin la estridencia de ese gigantesco clamor agónico de la Hungría moribunda.

El martirio de un pueblo

No fue tarea fácil para el comunismo soviético domar el noble pueblo hún-

HUNGRIA
MARTIR,
LA DE LOS
HEROICOS
DESTINOS

garo Puede afirmarse más bien que ha fracasado en su intento No lo ha podido domeñar: tal vez pueda triturarlo

En su historia, amarga y gloriosa, ha conocido Hungría —colocada providencialmente en el corazón de Europa— la invasión sangrienta de las hordas de Gengis-Kan, la ocupación por más de un siglo por los turcos otomanos; y el dominio germano bajo el imperio austriaco. Contra todos sus poderosos invasores triunfó el pequeño pueblo magyar con su exarcebado sentimiento de la libertad, que queda reflejada en el Canto Nacional de Sandor Patofi.

¡Alzaos, magyares, - la patria os reclama!
¡Actuad en esta hora - ocurra lo que ocurra!
¡Libres seréis o esclavos!
¡Elegid el destino, que vuestro pecho ansia!

Conocían, además, la realidad comunista, por la trágica experiencia de cuatro meses, en 1919, bajo el sangriento régimen de Bela Kun.

La miopía de las potencias occidentales, que dejó llegar a los rusos al centro de Berlín, dejó también en las garras del ejército rojo la espléndida llanura del Danubio, la heroica Hungría, dividida en su territorio tras la primera guerra mundial. El paso de las tropas soviéticas fue —por los saqueos y violaciones— de una crueldad exasperante. La legación suiza informaba así a su gobierno, en 1945. "El ultraje en las mujeres es la causa del mayor sufrimiento de la población húngara. Se ha generalizado en tal forma —entre víctimas de 10 a 70 años— que pocas mujeres en Hungría escapan a él".

A pesar de la ocupación rusa en las primeras elecciones de 1945 los húngaros dieron 57 por ciento de votos por el partido de los Pequeños Propietarios contra 17 por ciento de los comunistas. El Mariscal Voroshilov impuso, entonces, un gobierno de coalición. Los comunistas monopolizaron el Ministerio del Interior y la Policía. Poco a poco fueron denunciados y torturados los jefes del partido de los Pequeños Propietarios.

Nuevas elecciones en 1947. A pesar de los fraudes, no consiguieron los comunistas sino el 22 por ciento de los votos. El Ejército soviético, que según el tratado de paz debía abandonar el país, quedó "para proteger las líneas de comunicación". Nuevas depuraciones. Proceso del Cardenal Mindszenty.

Mayo de 1949. Nuevas elecciones al estilo soviético. 95 por ciento de votos por los comunistas. Matyas Rakosi "el pequeño Stalin" sube al poder.

Del 1949 al 1956, Hungría sufre un auténtico proceso de trituración bajo el poder de la policía de seguridad A. V. H., llamada por los húngaros, AVOS. Formada fundamentalmente por comunistas adiestrados en Moscú, fue surtida de pistoleros y agitadores provenientes del fenecido Partido Fascista Húngaro, y engrosada con criminales, a quienes se les conmutaba la pena si se prestaban a servir de delatores. Negarse a la delación era castigado barbaramente. Un refugiado húngaro ha contado: "Me encerraron en un sótano inmundic, lleno de piojos. Allí me dejaron durante seis días sin pan ni agua. Luego me llevaron a una sala. A patadas, bofetadas y golpes me hicieron ir de un ángulo al otro por toda la pieza. De noche no me pegaban sólo de día. Me hicieron saltar los dientes a golpes, me tundieron los riñones, me dañaron la vejiga. Ya nunca volveré a estar bien".

La AVOS se instaló en Budapest en Andrassy Ut 60, antiguo cuartel del Partido Fascista. Su jefe fue el General Gabor Peter, sádico refinado, educado en Rusia. En aquel cuartel fueron domados —con horribles torturas, narcóticos, arrancamientos de uñas, baños alternos de agua helada y hervida— intelectuales, políticos, hombres de negocios (incluso extranjeros) estudiantes y escritores. Peter fue quien preparó la causa del Cardenal Mindszenty. Cincuenta mil agentes de ambos sexos, salidos de este cuartel, vigilaban la vida pública y privada de Hungría, con la ayuda de setenta a ochenta mil espías del Partido Comunista. Eran premiados los que sumaban más delaciones; castigados los remisos. Se abrieron más de 100 Campos de Concentración, llegando a 75 000 los concentrados en solo un año. Los condenados a trabajos forzados llegaron a 200 000. Por lo menos 75 000 personas fueron trasladadas de una a otra parte del país, 40 000 los deportados a la Unión Soviética.

La vida en Hungría se había convertido en un infierno policiaco, tan exacerbado, tan humillante y tan insoportable, que provocó, como fruto espontáneo una revolución, que por su unanimidad nacional, su violencia, su heroísmo

desesperado y fatalista ha sido el asombro del mundo. Era la expresión de un volcán.

Hablarnos ahora de influencias reaccionarias y monárquicas es una mentira tan descarada e infantil, que sólo ha de servir para descorrer ante el mundo civilizado el tinglado teatral de la propaganda rusa. ¿A qué suenan hoy las voces de paraíso soviético: los comités de paz y la dictadura del proletariado?

¿Ha fracasado la revolución húngara?

La revolución húngara nació sin plan ni orientación precisa, como fruto espontáneo de la desesperación. El clamor unánime de un pueblo formulaba dos anhelos: el retiro de las tropas rusas y la disolución de la policía de seguridad A. V. H. (Avos)

Ni por un momento nos ilusionamos ante el éxito momentáneo de la revolución. Era ingenuo creer que los soviets —dada su historia y sus tácticas de cuatro decentos— hubieran de soltar la presa. Ni siquiera cuando prometieron a Nagy la evacuación de las tropas rusas.

Tampoco creíamos nunca que las Naciones Unidas hubieran de intervenir eficazmente en Hungría, como lo hicieron —por los mismos días en el Canal de Suez. Lo primero hubiera sido el principio del fin del imperio soviético. ¿Se resignaría el coloso materialista a perder la llave de Occidente, el corazón de Europa? Lo segundo podía provocar la tercera guerra mundial: la guerra atómica.

Y sin embargo, sería miope no reconocer el saldo positivo de la revolución húngara para la causa del mundo libre.

Hungría podrá ser triturada, millares de héroes patriotas han sido ametrallados, la flor de la juventud, deportada a la Unión Soviética: horroriza pensar en su destino. La AVOS, muchos de cuyos miembros fueron apiastados en el furor de la reacción patriótica, tomará sádica venganza. No puede pensarse sin estremecimiento en la suerte actual de la Hungría mártir, debatiéndose en estertores de huelgas, protestas y voces de socorro. Asombra ciertamente que las potencias occidentales de la ONU no crean colmada la medida de la tolerancia ante las violaciones de todos los tratados y la irrisión de todas las promesas. Una nación teóricamente libre y autónoma es ocupada, torturada, deportada y aniquilada ante los histéricos lamentos del mundo civilizado.

Pero creemos sinceramente que Hungría ha contribuido eficazmente a salvar el mundo. Rusia ha comprobado que los cuadros del ejército comunista de los países satélites no le son fieles. Ha comprobado que fuertes sectores de su propio ejército han simpatizado con la revuelta, y que dentro de la propia Unión Soviética —sin hablar de los satélites Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria— comienza a escucharse el clamor de protesta de los estudiantes y los obreros.

Y, sobre todo, el mundo entero ha conocido la profundidad de la barbarie materialista, el insondable fondo de dolor, angustia y desesperación de la masa oprimida, estudiantes, obreros, campesinos, mujeres y niños.

Acaban de llegar a Venezuela los primeros refugiados húngaros. Sentimos satisfacción humana y orgullo patriótico por la acogida jubilosa y triunfal que se les ha tributado.

En ellos saludamos con una mezcla de tristeza y admiración, a la Hungría vencida y vencedora, que en su agonía patética está librando una batalla decisiva para la humanidad.

M. A. E.